

UCRANIA 2022: LA GUERRA POR LAS MENTES

Hugo SANTOS ASO



Introducción (1)



L 24 de febrero de 2022, Rusia invadió Ucrania por medio de una acción militar para muchos impensable. La frase «esto no puede suceder en la Europa del siglo XXI» sonaba, de pronto, ridícula.

La maniobra rusa evocaba otras épocas: una progresión simultánea por varios ejes hacia las principales ciudades (Kiev y Járkov), buscando así el colapso de Ucrania como Estado. Se sumaba un esfuerzo en el sur, aparentemente orientado a unir Crimea y el Donbás, para completar el movimiento de fronteras iniciado en 2014. Tecnología aparte, pocas diferencias con una guerra de 80 años antes.

Sin embargo, bajo esta engañosa apariencia se esconde una guerra moderna, indicio de las que probablemente veremos —quizás *combatiremos*— en un futuro cercano.

Lo «viejo» de Ucrania 2022

Desde el fin de la Guerra Fría, Occidente ha ido desacostumbrando a sus fuerzas armadas del combate convencional frente a enemigos equivalentes. No había adversarios globales capaces de disputar la hegemonía, lo cual, en términos clásicos, implicaba disponer de un importante potencial militar. Así, Occidente se acostumbró a campañas militares cortas, resultado de una apabullante

(1) Excepto aquello que explícitamente se referencie en la bibliografía al final de artículo, el resto de valoraciones se apoyan en la lectura diaria de noticias publicadas en fuentes abiertas, tanto nacionales como extranjeras.

superioridad militar, como las de Irak o Afganistán, seguidas de otras largas y costosas de estabilización en ambiente de contrainsurgencia. Fuera de Occidente, intervenciones militares como la rusa en Georgia en 2008 parecían refrendar el modelo.

Sin embargo, Ucrania nos ha recordado la importancia de los sistemas de armas, los tipos de operaciones y las funciones de combate consideradas casi «de uso improbable» hace meses, y que el combate raramente da segundas oportunidades, lo cual, con la supervivencia de la nación en juego, debe ser tenido en cuenta. En este sentido, esta guerra nos ha hecho revalorizar la trascendencia de los apoyos de fuego para debilitar al adversario, facilitar la maniobra propia o golpear en profundidad la logística y las reservas enemigas. La artillería se ha reivindicado frente a quienes la veían como algo del pasado.

El armamento guiado se ha confirmado como fundamental para maximizar efectos minimizando daños colaterales. No obstante, estos no parecen preocupar a todos por igual; incluso el escaso celo por evitarlos parece en ocasiones dirigido a minar la moral adversaria desde la impunidad.

Respecto al apoyo aéreo, parece que son historia los tiempos en que el apoyo aéreo cercano (CAS) (2) se ejecutaba en superioridad aérea, como en Afganistán o en Irak. En Ucrania, los pilotos de ala fija y rotatoria de ambos bandos se han tenido que jugar el pescuezo en cada misión de ataque a tierra sorteando las defensas aéreas. En cambio, la proliferación de drones armados se ha presentado, a falta de un análisis en frío, como una alternativa viable para ejecutar CAS sin exponer a los pilotos. Así lo indica, por ejemplo, la aparición estelar del modelo turco *Bayraktar TB2*, en servicio en Ucrania y que tantos vídeos ha protagonizado en *YouTube*, con canción «motivacional» incluida (3).

Parece también clave la aplicación ucraniana del *Mission Command*, forzado por las circunstancias a dar mucha autonomía operativa a pequeñas unidades y facilitar un mando y control necesariamente descentralizado al objeto de garantizar su supervivencia frente a un enemigo superior.

Interesantes son las noticias relativas al empleo que los ucranianos habrían hecho de las Operaciones Especiales en los primeros momentos tras la invasión. Apuntan a la combinación de tecnología y estándares OTAN (4) con tácticas de la Guerra Fría, como «sembrar» el territorio propio de equipos operativos, previendo su superación por el invasor para quedar entonces situados en su retaguardia.

(2) *Close Air Support*.

(3) «The *Bayraktar* Drone Song», disponible en <https://youtu.be/7YaXdP06z00> (consultado el 3 de junio de 2022).

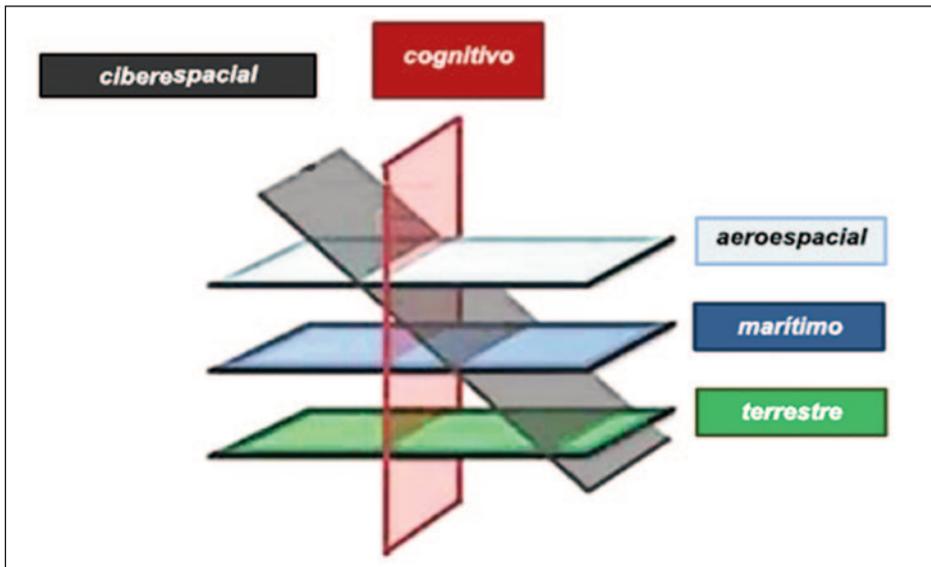
(4) Desde 2014, las unidades de Operaciones Especiales ucranianas han colaborado frecuentemente con sus equivalentes OTAN, recibiendo adiestramiento bajo ese estándar.

Por último, la logística ha sido desde el principio la gran pesadilla para el Ejército ruso. Da la impresión de que la enconada resistencia ucraniana sacó las costuras de un planeamiento deficiente, orientado a una campaña corta, con una logística basada en los trenes logísticos de los primeros escalones. Agotados estos, hubo de ejecutarse una pausa operacional y movilizar grandes convoyes logísticos, vulnerables a los fuegos profundos ucranianos y a las referidas acciones en la retaguardia.

Los nuevos ámbitos de operación

Todo lo anterior, aunque quizás a alguno le pueda sorprender, son cosas que ya sabíamos o que, al menos, *deberíamos saber*. Pero hemos dicho que esta es una guerra nueva, y estas son las razones.

La guerra, que es un fenómeno social, sucede allá donde el ser humano alcanza. Así, fue primero terrestre y luego también marítima y aérea —ahora aeroespacial—. Nuestras mentes nativas del siglo XX asocian el conflicto a estos tres ámbitos, pero el pequeño problema es que estamos en el siglo XXI. Tal y como detalla la *PDC-01 (A). Doctrina para el empleo de las FAS*, se han incorporado dos nuevos ámbitos de operación, no físicos, como son el cognitivo y el ciberespacial. Son transversales a los demás y sus efectos pueden reflejarse también en los ámbitos físicos.



Ámbitos de operación. (Fuente: *PDC-01 (A)*, p. 79)

El ámbito cognitivo «es intangible, inherente al ser humano, considerado de forma individual, socializada u organizada, y es consustancial a su capacidad de juicio y de toma de decisiones. Este ámbito alcanza a las voluntades de todas las personas afectadas por el conflicto y a los sistemas de inteligencia artificial, por lo que impregna al resto de ámbitos...» (EMAD, 2018, p. 81). En él se trata de manipular la percepción de la realidad de la totalidad de las personas afectadas —aun indirectamente— por el conflicto para condicionar sus actuaciones. En términos del siglo xx, podría describirse como el ámbito donde se combate por aquello que conocimos como «voluntad de vencer», pero ampliado exponencialmente, pues va mucho más allá de la línea del frente.

Por su parte, el ámbito ciberespacial tiene carácter artificial y lo componen tanto las infraestructuras y los sistemas para su desarrollo como la información almacenada y transmitida a través de él. No está sujeto a un espacio geográfico concreto y se caracteriza por «su extensión, el anonimato, la inmediatez y su fácil acceso. Finalmente, su carácter artificial y su rápida evolución generan continuas vulnerabilidades y oportunidades» (EMAD, 2018).

Llegados a este punto, alguien podría decir que la manipulación de la voluntad del enemigo no es nueva. Lo nuevo es que incluya como audiencias potenciales a combatientes y no combatientes directamente afectados por el enfrentamiento o meros espectadores. Debe entenderse que el apoyo a una acción militar o a una de las partes debe estar refrendado por una mayoría social para que pueda ser sostenido. El ámbito cognitivo es, desde este prisma, aquel donde se modelan estas mayorías.

Como espacio de batalla, este también entiende de acciones defensivas y ofensivas; con las primeras trataremos de alinear a nuestra población con nuestras narrativas, y con las segundas de desalinear la percepción de la población del adversario con la acción de sus dirigentes. Habrá además una lucha enconada por atraer a las audiencias neutrales a nuestra causa. Esta parte no es baladí, porque ayuda a construir *mayorías percibidas* (que no necesariamente reales). La importancia clave de estas está en la psicología social, pues tendemos a apostar a caballo ganador («efecto de halo») o a adoptar la postura percibida como mayoritaria («efecto del falso consenso») (Aronson, 1998). Entramos así en un tipo de enfrentamiento absoluto, en el que más importante que el control de los recursos es el control de las personas de los que estos recursos dependen.

Este camino, ya explorado en las primeras décadas del siglo xx y perfeccionado durante la Guerra Fría, multiplica su efectividad gracias a las nuevas tecnologías y a la aparición del ámbito de operación ciberespacial. Quizás nos suene todo más familiar si entendemos que las redes sociales representan un ámbito de operación mixto entre el cognitivo y el ciberespacial. Sí, también se combate en *Facebook*, *Telegram*, *Twitter* o *WhatsApp*. Quizás a golpe de «meme».

Lejos quedan ya los tiempos en que se lanzaban octavillas sobre el territorio enemigo conminando a la tropa a asesinar a sus oficiales y a desertar. Ahora,

cada uno de nosotros tiene uno o varios dispositivos que dan acceso directo a nuestra percepción. Hablamos de *smartphones*, *tablets* (5), etc. A través de ellos, en nuestra intimidad, podemos ser bombardeados por argumentos que nos lleven a posicionarnos a favor de uno u otro bando o, cuando menos, a dudar de nuestras ideas previas. Lo más perverso es que el diálogo (aparentemente) íntimo con nuestra pantalla genera el efecto de que, aunque estemos siendo manipulados a través de ella, tenderemos a pensar que las conclusiones las hemos alcanzado por nosotros mismos. Será por tanto nuestra opinión, y como tal la defenderemos. Este fenómeno es la interiorización y es de lejos el método de influencia psicológica más persistente en el tiempo.

Manipulación de la percepción. El sustrato profundo

Joseph Goebbels, ministro de Propaganda del III Reich y conocido técnico de la manipulación de masas a gran escala, defendía en uno de sus «11 principios de la propaganda» lo siguiente (6):

«Principio de la transfusión. Por regla general la propaganda opera siempre a partir de un sustrato preexistente, ya sea una mitología nacional o un complejo de odios y prejuicios tradicionales; se trata de difundir argumentos que puedan arraigar en actitudes primitivas.»

Este fundamento sigue vigente en la actualidad operando sobre las conocidas como «causas de los conflictos de nivel profundo», entre las que se encuentran las rivalidades históricas, religiosas, étnicas, los agravios pasados, etc. Aunque permanezcan latentes, resurgen una y otra vez en períodos de tensión o crisis (IEEE, 1994). Y la actual guerra en Ucrania no es una excepción.

Desde el punto de vista ruso, se identifica a Occidente como un ente colectivo del que proceden las grandes amenazas a la soberanía rusa. Lo cierto es que la historia sustenta con hechos esta narrativa, como prueban la invasión polaca de 1605, la sueca de 1708, la francesa de 1812, la Guerra de Crimea entre 1853 y 1856 o la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, si bien se obvian otras como la ruso-japonesa, indicativa de que Oriente tampoco es sinónimo de seguridad (Marshall, 2015).

Más cercanas están las alusiones de Putin al ayudante del presidente estadounidense Wilson, que en 1918 insinuó las ventajas que para Occidente tendría fragmentar Rusia en cuatro Estados más pequeños. Se presenta a Occidente

(5) Genéricamente, PED (*Portable Electronic Device*).

(6) <http://shoa-interpelados.amia.org.ar/sitio/wp-content/uploads/2015/08/Los-11-principios-de-la-propaganda-de.pdf> (consultado 8 de junio de 2022).

como un conspirador incansable para derribar al Gobierno ruso a través de «revoluciones de color» (7), lo cual justificaría además la hostilidad preventiva contra él.

Obvio es el reciclaje de las consignas antifascistas de las décadas de 1940-50. La intención de *desnazificar* y *desmilitarizar* Ucrania parece menos imaginativa si se tiene en cuenta que la construcción del Muro de Berlín por la URSS se enmarcaba en su «política de las 4D para Alemania»: *desnazificar, desmilitarizar, descentralizar y democratizar*. Interesante *casualidad*. Dar el nombre oficial de «Muro de protección antifascista de Berlín» en 1949 al obstáculo físico que separaría la zona soviética de las controladas por Occidente parece toda una declaración de intenciones al asimilar «Occidente» con «nazis» (*el paradigma del mal*).

Toda esta narrativa basada en remover los sustratos de la Rusia profunda se ha reforzado con una cuidada simbología. La invasión de Ucrania no empezó un día cualquiera, sino el Día del Defensor de la Patria, antes Día del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos, que conmemora el alistamiento masivo, en esa misma fecha de 1918, como respuesta a la llamada «¡La patria socialista está



Abanderados Día de la Victoria, 9 de mayo de 2022 (Fuente: *El Mundo*)

(7) «Revolución de Color: Cambio del régimen legítimo en un país adversario mediante la desestabilización de la situación política interna con el uso predominante de métodos de lucha no militares» (Fridman, 2018, p. xi).

en peligro!». La actual narrativa filosoviética rusa también se vio en la gran parada militar del 9 de mayo, Día de la Victoria, cuando desfilaron juntas ambas banderas (8).

Los ucranianos también han recuperado narrativas que avivan agravios históricos. La acusación de que Rusia está utilizando el hambre como arma de guerra reactiva los fantasmas del Holodomor, la hambruna conocida como «genocidio ucraniano». Consecuencia de las políticas estalinistas de colectivización de la tierra y de *limpieza* de opositores, se le atribuye la muerte entre 1932 y 1934 de más de un millón de ucranianos.

Las acusaciones al Ejército ruso por violaciones y agresiones sexuales como arma de guerra entroncan con atrocidades similares atribuidas al Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial. Supuestamente, Stalin habría defendido entonces el *derecho* de sus soldados a «entretenerse con mujeres» en los territorios ocupados o, de forma más malévolamente, a «no rechazar la hospitalidad de las mujeres alemanas», de las que se estima que fueron violadas más de dos millones.

En definitiva, uno y otro bando han visto reactivadas cuitas antiguas que alimentan la idea de que el adversario «es el mismo haciendo lo de siempre». Se proyecta de él una imagen deshumanizada, de personificación del mal, sobre la que dirigir un odio absoluto. Se elimina así toda objeción moral si hay que darle muerte. Para la propaganda rusa, los ucranianos son «nacionalistas» o «nazis»; para los ucranianos, los rusos son «invasores» u «orcós».

Desinformación y propaganda

Sobre estos viejos agravios operan los actuales sistemas de desinformación y propaganda, que tratan de generar ventajas en el ámbito cognitivo o de contrarrestar la acción enemiga. El objetivo es simple: cohesionar a nuestro bando mientras debilitamos al adversario. Para ello, casi todo vale.

El ecosistema de desinformación y propaganda ruso está estructurado, según el Departamento de Estado de Estados Unidos (GEC, 2020), en cinco pilares. Estos cubren un abanico amplio, desde las declaraciones institucionales de miembros del Gobierno hasta oscuros sitios *proxy* que desacreditan a Occidente. Buscan una doble pinza: atraer audiencias afines a las políticas rusas y a otras que, por descrédito de Occidente, elijan a Rusia como mal menor.

En esa línea, en el mundo hiperconectado actual, la desinformación y la propaganda tratan de sobreestimular al público para condicionarle. Esto explica en parte la guerra de censura de primeros de marzo, cuando *Google* bloqueó los canales de *YouTube* de *Russia Today* y *Sputnik*, asociados al ecosistema de

(8) <https://www.elmundo.es/internacional/2022/05/09/6278c018fdddffc5308b45b7.html> (consultado el 9 de mayo de 2022).

desinformación y propaganda ruso. En contestación, el Gobierno dio la orden de vetar las principales redes sociales occidentales, como *Twitter*, tratando así los adversarios de evitar la exposición de sus afines al argumentario rival. Esto tiene gran calado, puesto que la libertad de expresión es uno de los pilares fundacionales (y fundamentales) de las democracias occidentales.

En este mar de desinformación, ante cada noticia afloró pronto un cierto patrón: 1) un bando denuncia hechos atroces perpetrados por el contrario y muestra pruebas gráficas; 2) el bando denunciado niega la autoría y acusa al denunciante de mentir (*manipulación*) o de «puesta en escena» (*simulación*), es decir, de hacer una «película» *con actores para colar los hechos como reales*.

El patrón no es casual. La velocidad con la que se suceden las noticias y la dificultad para contrastarlas hacen que optemos frecuentemente por «confirmar» en vez de «conocer». Tendemos a dar credibilidad a las informaciones que encajan con nuestros prejuicios, efecto conocido como «sesgo de confirmación». Su función es disolver la tensión psicológica debida a una disonancia cognitiva; esto es, cuando los hechos percibidos no cuadran con lo que mi cerebro cree que debería estar pasando. Ejemplo: *si los soldados de mi nación son héroes, no pueden estar ejecutando civiles impunemente*. Esta disonancia puede resolverse —por ejemplo— con el argumento de que *en realidad no hubo ejecuciones, sino que es una simulación del enemigo* (que es retorcido y malvado), o bien porque *no eran simples civiles, sino peligrosos colaboracionistas/espías/etc.* Sean verdaderamente creíbles o no los argumentos, dejan descansar el cerebro de la engorrosa disonancia. Y estar tranquilo con uno mismo es mucho más importante que estar en lo cierto. Pura adaptación evolutiva.

Esta mecánica de la psicología social hace que el exceso de información, lejos de fomentar el espíritu crítico de las masas, tienda a reforzar sus posiciones en torno a sus prejuicios. Se crea un nosotros («endogrupo») idílico y se le opone un ellos («exogrupo») demonizado, bandos irreconciliables. El efecto de demonizar al adversario hace, como se está viendo en Ucrania, difícilmente defendible cualquier diálogo o acuerdo de paz.

Algunas batallas cognitivas

Hasta aquí hemos descrito el plano teórico, al que añadiremos casos prácticos. Nos centraremos en dos: la guerra de cifras en torno a las bajas y la deshumanización del adversario.

Guerra de cifras

Una vez definidas las narrativas generales de ambos contendientes, se desarrollaron combates cognitivos más concretos. Uno de ellos fue el número de

bajas. Por parte ucraniana, se publicaron rápidamente cifras altísimas de bajas rusas. El mensaje era claro: a los rusos la invasión les estaba saliendo carísima y mantener las operaciones solo podría empeorar la situación. Así, a primeros de marzo los boletines ucranianos decían haber causado unas 6.000 bajas rusas, además de haber interceptado un número ingente de vehículos, aeronaves y sistemas de armas. Rusia guardó un inquietante silencio hasta mucho después que dio pie a pensar que si bien las cifras ucranianas podrían ser exageradas, las bajas rusas reales eran igualmente altísimas. Hoy en día la dinámica persiste, llegando a anunciar el presidente Zelenski el 13 de junio que Rusia habría sufrido unas 40.000 bajas, más que en cualquier otra guerra desde la Segunda Guerra Mundial.

A lo anterior habría que sumar la negativa rusa a admitir en un primer momento la presencia de reclutas entre sus combatientes, hecho que luego reconoció aunque matizando que dotaban unidades de segundo escalón o logísticas. El problema fue que el combate alcanzó a sus unidades, apareciendo bastantes de ellos como prisioneros o fallecidos en redes sociales.

Desde el principio, los ucranianos explotaron el silencio informativo ruso sobre sus bajas para crear un canal de *Telegram* y *web* (<https://200rf.com>) que tendría como objetivo teórico dar información a las familias de los militares rusos sobre la suerte de estos: «Si vuestros familiares o conocidos se encuentran en Ucrania y participan en la guerra contra nuestro pueblo, aquí podéis recibir información sobre la suerte que han corrido» (9). Sin embargo, la crudeza de las imágenes compartidas hace pensar que el objetivo real podría ser minar el apoyo de la población rusa a la guerra.

En esta línea, los ucranianos fueron más allá explotando el sorprendente oscurantismo ruso, que no parecía tener intención de rebatir con fuerza sus argumentos, más allá de negarlos o acusar de manipulación. Así, apareció en fuentes abiertas la noticia de que los ucranianos mantenían repartidos por su territorio camiones frigoríficos repletos de cadáveres de soldados rusos. Esto reforzaba la narrativa ucraniana de que el Gobierno ruso trataba a sus tropas como carne de cañón y reincidía en la ocultación del número real de muertos: «¿Se imagina usted el problema que supondría tener que admitir que ha perdido 21.000 soldados?» (10). Curiosamente, al día siguiente apareció publicada en canales oficiales rusos la cifra de 20.000 muertos, que fue borrada poco después (11).

(9) <https://www.heraldo.es/noticias/internacional/2022/02/27/guerra-rusia-ucrania-crea-pagina-web-con-datos-sobre-soldados-rusos-muertos-o-prisioneros-1556215.html> (consultado el 27 de febrero de 2022).

(10) <https://www.elmundo.es/internacional/2022/04/20/62604e79e4d4d8ce4c8b4578.html> (consultado el 21 de abril de 2022).

(11) <https://www.elmundo.es/internacional/2022/04/22/6261d9ed199137001fe64a7e-directo.html> (08.32, consultado 22 de abril de 2022).



Muertos y prisioneros rusos (Fuente: <https://rf200.com>, consultado el 27 de febrero de 2022)

Deshumanizar al adversario

El baile de cifras explicaba, desde el lado ucraniano, un aspecto utilizado por ambos bandos: la visión del adversario como seres deshumanizados. Desde el bando ruso, con la consabida asimilación con los nazis; desde el ucraniano, de una manera más completa y compleja: solo los orcos, que carecen de humanidad, son capaces de abandonar a sus propios muertos y prisioneros. Y la derivada: ¿qué podemos esperar entonces del trato a la población civil?

Pronto comenzaron a multiplicarse las denuncias ucranianas de acciones rusas al margen de los usos y costumbres de la guerra. Probablemente el primer episodio fue el bombardeo del hospital infantil de Mariúpol que asomaba a los informativos el 9 de marzo. La secuencia de noticias, que reproducimos a continuación, es significativa. Tras la denuncia del ataque aéreo por el propio presidente Zelenski, el Kremlin anunció una investigación de los hechos, cuya resolución se comunicó pocas horas más tarde: el hospital bombardeado servía como base a los «nacionalistas ucranianos». Esto ponía la responsabilidad en el bando ucraniano por uso dual de instalaciones sanitarias. La sorpresa saltó poco después con una nueva versión rusa que acusaba a Ucrania de «puesta en escena», dando a entender que las imágenes del bombardeo no eran sino una manipulación ucraniana con actores. Esta sospechosa inconsistencia entre dos



Mujer embarazada herida en Mariúpol. (Fuente: *El Mundo*)

versiones diferentes y casi consecutivas hacía pensar que los rusos no solo eran responsables, sino que estaban intentando ocultarlo (12).

Desgraciadamente, lo acontecido en el hospital de Mariúpol quedó en segundo plano a primeros de abril. En esas fechas, ante la reorganización de tropas rusas para concentrarse en las zonas del Donbás y Crimea, las fuerzas ucranianas retomaron el control de poblaciones en torno a Kiev, en poder ruso desde el comienzo de la guerra. Entre ellas estaba la ya tristemente famosa Bucha.

Allí, los primeros militares ucranianos en llegar grabaron hileras de cuerpos de lo que parecían civiles maniatados, ejecutados y abandonados en las calles. A la acusación ucraniana le siguió la ya habitual respuesta rusa de «escenificación de imágenes», llegando a acusar al Ejército ucraniano de desplegar unidades de Operaciones Psicológicas con ese cometido específico de «simulación».

A partir de ahí, alimento para los respectivos «endogrupos»: que si los cuerpos ya estaban ahí antes, que si alguien los había puesto después, que si no concordaba el *rigor mortis*... Narrativas para que cada audiencia pudiera justificar a los suyos, con la verdad en un inquietante plano secundario. Solo el tiempo y los testimonios de los civiles supervivientes, que guiaron hasta fosas comunes a cientos de personas, pudieron finalmente dar más veracidad a una de las informaciones.

(12) <https://www.elmundo.es/internacional/2022/03/09/6228eb1efc6c8340488b45e4.html> (consultado el 9 de marzo de 2022); <https://www.elmundo.es/internacional/2022/03/10/622938aa3779a60020651441-directo.html> (consultado el 10 de marzo de 2022) y <https://www.elmundo.es/internacional/2022/03/11/622afd5fe4d4d8b83d8b45a0.html> (consultado el 11 marzo de 2022).

Desgraciadamente, lo acontecido en Bucha se generalizó por los lugares donde los rusos se habían desplegado; se multiplicaron los testimonios de ejecuciones sumarias a civiles, violaciones y excesos de todo tipo. Surgió entonces la macabra noticia difundida desde el bando ucraniano de que el Ejército ruso estaría utilizando crematorios portátiles en la zona de Mariúpol, entonces sitiada, para hacer desaparecer los cuerpos y con ellos la «prueba del delito». A estas acusaciones se contestaba desde el bando ruso con la negación de los hechos, la acusación de manipulación y, en algunos casos, la filtración de fotografías y vídeos con pruebas de excesos cometidos por militares ucranianos sobre prisioneros rusos o, incluso, contra civiles prorrusos acusados de «colaboracionismo».

Conclusiones

La actual invasión de Ucrania, pese a su apariencia de guerra clásica militar, es una guerra moderna. La gran diferencia es que se han añadido dos nuevos ámbitos de operación: el cognitivo y el ciberespacial. En su confluencia están las redes sociales, campo de batalla donde se trata de influir en poblaciones implicadas (o no) en la guerra, cuyo apoyo podría favorecer a uno de los bandos.



Cadáveres en Bucha. (Fuente: RTVE) (13)

(13) <https://www.rtve.es/noticias/20220403/tropas-ucranianas-recuperan-bucha-hallan-cadaveres/2327030.shtml> (consultado el 15 de junio de 2022).

El ámbito cognitivo es clave para tratar de condicionar la percepción de la realidad de determinadas audiencias objetivo. Del éxito de las acciones en este ámbito de operación podría resultar el apoyo civil o la falta de él a la intervención militar o el apoyo de no beligerantes a uno de los bandos.

La desinformación y la propaganda operan sobre el sustrato de rivalidades y enemistades históricas. Así, Rusia explota la desconfianza tradicional hacia Occidente como amenaza a su soberanía, mientras que Ucrania evoca momentos oscuros bajo el yugo soviético. Sobre esta base se construyen narrativas de deshumanización del adversario, promoviendo hacia él un odio visceral, profundo, que justifique el uso de la violencia. El precio, altísimo, es que este odio dificulta la paz y el acuerdo.

El combate en el ámbito cognitivo trata de negar la información procedente del enemigo sobre el supuesto de que por defecto miente. Mientras tanto, se bombardea a las audiencias con tal cantidad de información que al público en general le sea muy complicado analizarla y extraer conclusiones propias. Resultado de esta sobreexposición, la tendencia humana es a dar veracidad a lo que estimamos que concuerda con nuestros intereses y afinidades o a dar la razón a aquellos que consideramos «de los nuestros».

Finalmente, podemos concluir que el ámbito cognitivo ha venido para quedarse. Se antoja fundamental para modelar la percepción de las masas y condicionar su apoyo al conflicto, hecho que puede ser clave para alcanzar la victoria.

BIBLIOGRAFÍA

- ARONSON, E. (1998): *El animal social*, 8.ª edición. Alianza Editorial.
- FRIDMAN, O. (2018): *Russian «Hybrid Warfare». Resurgence & Politicisation*. Oxford University Press.
- GEC (2020): *Pilares del ecosistema de desinformación y propaganda de Rusia*.
- IEEE (1994): «Análisis factorial de las causas que originan conflictos bélicos», *Cuadernos de Estrategia*, núm. 69, octubre, pp. 28-30.
- MARSHALL, T. (2015): *Prisoners of Geography. Ten maps that tell you everything you need to know about global politics*.
- QIAO, L., y WANG, X. (1999): *Unrestricted Warfare*.
- SANTOS ASO, H. (2022): *¿La democracia amenazada? Los caminos de la subversión*. Tesis Doctoral, Universidad de Salamanca.

La isla de Alborán, con Sierra Nevada al fondo.
(Foto: Luis Díaz-Bedia Astor)

